

In memoriam

Joseph Ratzinger (Benedicto XVI) (31 de diciembre de 2022)

Pocos días antes de cerrar esta publicación, se anunció la partida del papa emérito, Benedicto XVI, a la casa del Padre. Pontífice, que mucho antes de servir en la Congregación para la Doctrina de la Fe y, luego, en la Sede de Pedro, fue ampliamente conocido y apreciado por la comunidad teológica, debido a sus innegables aportes, desde el concilio Vaticano II en adelante.

Muchos hemos aprovechado en nuestras clases, conferencias y escritos, un buen número de sus múltiples escritos en diversas materias, que él –sobre todo en su época de profesor–, publicó abundantemente.

Su herencia teológica es importante. Aquí no podemos resumir su enseñanza de manera mínimamente completa, pero sí subrayar algunos de los hilos conductores de su pensamiento y de su aporte a la teología contemporánea.

Su formación inicial estuvo marcada por los dos autores que eligió, respectivamente, para su

tesis doctoral (San Agustín) y de habilitación (San Buenaventura). Como él mismo lo refiere en su autobiografía (*Mi vida*), luego de haber profundizado en un padre de la Iglesia, le pareció oportuno reflexionar sobre un autor medieval de semejante calado intelectual, a fin de que su teología pudiera estar anclada y en sintonía con los diversos momentos culminantes de la historia del pensamiento teológico.

Esos pasos dados en sus estudios teológicos, sumados a la previa formación básica en la cultura clásica greco-romana, le dejaron una apreciación de la realidad y de la revelación que se basa poderosamente en la idea de participación de lo divino. En Agustín, por ejemplo, descubre la imagen divina en lo más hondo del ser humano; y en Buenaventura, muestra a Cristo como expresión del Padre, expresión que es también amor.

La Providencia divina lo colocó, como muy joven teólogo, en el acontecimiento eclesial más

relevante del siglo, el Concilio Vaticano II. Como muchos otros, colaboró en diversos temas y grupos de trabajo, y su presencia fue especialmente relevante en dos de los más importantes documentos: *Lumen gentium* y *Dei Verbum*. Eclesiología y revelación habían sido, precisamente, temas abordados en su tesis doctoral y de habilitación. Así, pues, en el acontecimiento conciliar se consolidó su percepción de la revelación y de la transmisión de ella, como presencia de la Palabra de Dios –viva y actuante– en la Iglesia, a partir del testimonio y la celebración. Quedaba desechada la idea de la tradición como “contenidos”, para afirmar ahora la presencia anunciada y celebrada del Resucitado en la comunidad creyente.

También su comprensión de la Iglesia, como pueblo de Dios que surge del misterio de salvación y que se transforma en su sacramento –alcanzada en sus estudios sobre Agustín–, encontró un campo de desarrollo muy fecundo en la discusión conciliar en torno a la idea de Iglesia y su relación con el mundo. Una Iglesia descentrada de sí misma y centrada en Cristo y en su misión; una Iglesia con menos poder y más convencida de su aporte

específico al mundo; una Iglesia menos política y más servidora de todos. En otras palabras, una Iglesia centrada en su misión, en donde lo que importa es, precisamente, su servicio y no sus ministros. Esta convicción, finalmente, la selló con su extraordinario –e inesperado– gesto de renuncia al pontificado. Con eso reiteraba que lo importante no era él, ni el papa, sino la misión a la que todos estamos llamados a servir.

Joseph Ratzinger fue, ante todo, un teólogo, que confiaba en la fuerza de la razón y, sobre todo, en la fuerza inspirada de la Sagrada Escritura. Contrario a la excesiva especialización de las ciencias teológicas, miraba la teología como una unidad. Podía identificarse perfectamente con una concepción patristica de teología, como exégesis bíblica; o con una medieval de teología, como sabiduría. Y no aceptaba una concepción reductiva de la teología, como ciencia que pueda prescindir del acto de fe o de la admirada contemplación.

Y, justamente, desde esa comprensión del dato revelado le gustaba entrar en diálogo con las ideas contemporáneas, donde siempre sabía descubrir el núcleo

del problema presentado, agradecer los aportes de la razón, y conversar con creyentes y agnósticos de igual a igual, en una sincera y abierta actitud de permanente búsqueda. Por eso fue respetado en el mundo intelectual. Lo que no significa que todos hayan estado siempre de acuerdo con sus posturas.

La forma característica de presentar su pensamiento fueron siempre los artículos breves y precisos, haciéndose cargo de un tema o problema teológico. Por eso, la gran mayoría de sus libros son recopilaciones de esos artículos. En cuanto a libros, escribió muy pocos. Uno de ellos fue un manual de escatología, lo cual no fue una casualidad, sino que también representaba un tema que siempre lo acompañó: la esperanza como absoluto escatológico. Esta mirada trascendente, que se hacía presente en la liturgia como acontecimiento escatológico. Allí se unió su sensibilidad personal con su profundo conocimiento de la tradición, para abogar constantemente por la belleza de toda celebración de la fe.

Con el paso de los años fue ordenado obispo, ocupó el cargo de Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe y terminó como Benedicto XVI. Su nuevo ministerio en la Iglesia implicaba, naturalmente, otras perspectivas y objetivos dentro de ella. Y aunque conservó siempre un corazón de teólogo, dejó esa tarea, en cuanto tal. Pero sus escritos y sus luminosas ideas, forjadas y expresadas en esos primeros años, siguieron y seguirán acompañando a la Iglesia de muchas maneras. Teólogos como él serán siempre un don muypreciado para la Iglesia, y la comunidad teológica lo ha sabido valorar y agradecer. Descansa en paz.

Rodrigo POLANCO
Director Teología y Vida